

BIBLIOTECA

Los Grandes Películas

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



POR
Pola Negri
Jack Holt
Charles de Roche

La marca de fuego

50 cts.



FITZMAURICE, Serge

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DEBUTANT: FRANCISCO MARIO BUSTACHE

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

The Cheat, 1923

* **La marca de fuego**

COMEDIA DRAMÁTICA

Interpretada por los
populares artistas:

POLA NEGRI, JACK HOLT
y **CHARLES DE ROCHE** *fort*

En Italia "Le Vampire"
★

PARAMOUNT ESPECIAL

Film Leyron • NEGRI / 1246

* *Remake del film*
de De Mille (1915)
Exclusiva de

SELECCINE, S. A.



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

TIPOGRAFIA CATALANA - VICH, 10 - Tel. 1471 G. - BARCELONA

LA MARCA DE FUEGO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En el patio de una hacienda americana dos buenos amigos releían con íntima satisfacción el siguiente eco de sociedad publicado por todos los periódicos de la capital:

BODA ARISTOCRÁTICA QUE UNIRÁ
DOS DE LAS FORTUNAS MAS GRAN-
DES DE LA AMERICA DEL SUR

En los círculos sociales bonaerenses se espera con interés el regreso de la distinguida y bella señorita Carmelita de Córdoba, después de una prolongada residencia en París. La señorita de Córdoba contraerá matrimonio, en breve, con el capitalista argentino don Pablo Mendoza, veri-

ficándose con este motivo la unión de dos de las fortunas más poderosas de la América del Sur.

El señor de Córdoba ofreció a su futuro yerno una copa de su mejor vino y, levantando la suya, pronunció:

—Bebamos por el feliz regreso de mi hija, don Pablo.

El cristal de las copas de los dos hombres chocó levemente, y percibiéndose como un grito de alegría.

A juzgar por el estado de ánimo de los dos amigos, ese matrimonio de que hablaban los periódicos era del agrado de todos.

Las fortunas, como se sabe ya, eran enormes una y otra. En lo único que no había relación era en la edad de los prometidos.

Don Pablo contaba sus buenos cincuenta y no había conocido durante el transcurso de los mismos mayor contento que el de ver aumentar su capital, heredado de padres a hijos.

Para el rico americano una novia joven era el coronamiento de una vida de honradez y trabajo por todo lema.

Carmelita, en cambio...

Cuando su padre y su futuro esposo brindaban por su regreso, Carmelita encontrábase en París, en casa del célebre modisto Doucet, uno de los

héroes de la famosa rue de la Paix, centro de atracción y soñado paraíso de las mujeres vanidosas del mundo entero.



El vestido de novia que encargó era santassísimo.

Doucet no tenía inconveniente en dedicar todo un día a presentar, a la mejor cliente de su casa, sus más ricos y últimos modelos.

El vestido de novia que encargó era santuosi-

sino y llamó la atención de toda la casa, desde la primera oficiala del taller hasta la más novata aprendiz.

Carmelita, durante su permanencia en París, había llegado a intimar con un matrimonio del país de los rascacielos que la acompañaba a menudo en sus visitas: Jack y Lucia Hodge, muy ricos también y muy simpáticos.

Lucia vestía trajes de elevado precio, como fiel devota de la moda que era, pero así y todo se asombraba de las sumas fabulosas que gustaba Carmelita en las *toilettes* que se le antejaba adquirir.

Además de vestidos, Carmelita, dejándose llevar de su capricho, compraba, en la misma proporción, las más preciosas joyas.

La boda de Carmelita arruinaría a un modesto millonario.

Feliz podía considerarse la joven con su inagotable riqueza, a la que se añadiría la no menos considerable de su esposa.

Sin embargo, como el dinero no da la felicidad, Carmelita no podía menos de lamentarse de su suerte.

Lucia era su confidente por ser su mejor amiga en París.

—¡Ay, Lucia, cuando pienso que compro estas cosas tan bonitas para casarme con un viejo es-

túpido, me dan ganas de llorar!—exclamó, aquel día, en casa del modisto.

La yanqui no titubeó en darle un buen consejo de mujer casada:

—¿Por qué te casas sin estar enamorada?... Yo sé que aquí, en París, hay dos jóvenes que darían cualquier cosa por desbaratar el proyecto de tu padre.

—Sí... ya sé... pero...

Uno de los dos jóvenes de que hablaba Lucia era Claudie Mace, un astuto falsificador de objetos de arte, que había hecho una fortuna engañando a la aristocracia de Europa, haciéndose pasar por un noble indio.

Claudie acababa de recibir de un íntimo suyo el siguiente escrito:

Si todavía tienes intención de venir a Nueva York este verano, puedes tener la seguridad de encontrar aquí un mercado mayor, para tus tratos orientales, que el de París.

En cuanto a la policía nada tienes que temer. Jamás dará en el clavo de que el príncipe Rao Singh, el favorito de la sociedad, es Claudie Mace, alias el Indio.

Tuyo,

Ted

Fingiendo admirablemente el papel de Príncipe Rao Singh, coleccionador de objetos orientales, Claudio se había enamorado perdidamente de Carmelita y sus millones; sobre todo de sus millones.

Pero el candidato que tenía mayores probabilidades de llegar a desbaratar los planes del padre de Carmelita era Dudley Drake, un joven neoyorquino, al que durante el día se le veía con frecuencia pasear con ella por el bosque.

En cambio, por las noches, no era extraño ver a Carmelita con sus dos pretendientes, en los mejores restaurantes... Pero ella seguía siendo la novia oficial del elegido por su padre.

El falso Príncipe y Dudley rivalizaban en merecer sonrisas de Carmelita.

El indio, que sabía reprimir en público sus sentimientos, de la naturaleza que fueren, era, de los dos pretendientes, el que aparecía más optimista.

Dudley, que no se perdonaría el negarse que su rival le aventajaba en popularidad—arma de gran valor en los círculos del oro—y en don de gentes, adquirido a fuerza de alternar con lo mejor de la sociedad europea como un personaje nobilísimo, sentía unos celos terribles del Príncipe, que no habían pasado desapercibidos para Carmelita.

Aquella noche, el Príncipe bailó con Carmelita un tango, y las demás parejas se detuvieron para contemplar a la que por sus méritos en el clásico baile argentino merecía el calificativo de inimitable.

Si Carmelita valía como danzarina de salón, no tenía nada que envidiarle en ello el falso Príncipe.

Dudley pasó un mal rato, y como quiera que comprendió la amargura de sus celos, Carmelita le dirigió una sonrisa con una mirada, y le deslizó un papelito con cuatro letras por debajo de la servilleta.

El Príncipe quería enterarse de lo que escribía Carmelita en el papel, pero ella le impidió la visión poniendo delante de su mano sosteniendo el papel, su otra mano sosteniendo un magnífico abanico de plumas.

El indio no quitó ojo a la mano de Carmelita que ocultó el papelito, una vez escrito, y vio, sin que ella lo sospechara, como se la entregaba en secreto a su rival.

No se inmutó. ¡Bah! Sería cualquier tontería... Unas palabritas de consuelo, de mujer enamorada de los halagos.

Dudley desdobló cuidadosamente el papel en cuestión y leyó en él, con gran contento, esta promesa:

Te quiero a ti.

Desde aquel momento todo parecía haber cambiado de color para Dudley.

Pero el Príncipe, siempre inoportuno para Dudley, se encargó de atraerse la atención de Carmelita, a quien dijo:

—Señorita, no olvide que me ha prometido venir esta noche con sus invitados a ver mi casa...

Dudley tomó aparte a la gentil Carmela, y trató de oponerse a que se moviese del restaurante.

—¿Por qué no dejas a ese Príncipe indio?... Recuerda que esta es la última noche que pasamos juntos... ¡Mañana te irás para siempre y no volveremos a vernos más!

Carmelita le miró con cariño, y repuso:

—Tienes razón... Pero le he prometido que hoy iríamos todos a visitar su casa.

El Príncipe empuñó, con su singular proceder, en que le siguiesen todos a su casa inmediatamente, y a Dudley no le fué posible bailar siquiera una danza con Carmelita, para satisfacción de los dos.

El domicilio del estadador era una de las casas más famosas de París... Una antigua mansión señorial, situada en los Campos Eliseos, convertida en un verdadero palacio indio.

Los invitados contemplaban las riquezas expuestas en los salones, y el Príncipe, acercándose a Carmelita, que estaba platicando con su amiga Lucia, preguntóle:

—¿Le gustaría a usted ver mi colección de tesoros artísticos, señorita?

—Sí, Príncipe. ¿Vamos, Lucia?

El falso indio abrió una atopia puerta de madera labrada, y al ofrecer el paso a Carmelita, manifestó, sin aludir para nada a Lucia:

—Usted va a ser la primera mujer que entra en ese aposento.

Lucia, que iba a entrar con Carmelita, quedóse en el otro salón, comprendiendo que al Príncipe le convenía hablar a solas unos momentos con la linda americana próxima a partir; ¿Quién iba a desconfiar de todo un Príncipe!

Carmelita se puso a examinar las joyas que había en el saloncito secreto, e iba de sorpresa en sorpresa ante la originalidad de los objetos.

Al fijarse en que al dorso de cada joya había una marca, la misma siempre, preguntó su significado, y el Príncipe la complació, contestándole:

—Todos mis tesoros llevan esta marca hecha al fuego... y ella indica que son de mi propiedad.

Sin saber por qué, Carmelita miró fijamente al Príncipe. Más que nunca, recordaba las miste-

rias leyendas de la India, y el Príncipe se le antojaba un ser peligroso. ¿Por qué marcaba todos sus tesoros? ¿Por vanidad, o por temor a un robo? Un escalofrío agitó todo el cuerpo de la frágil mujer, y en tal delicado momento le sorprendió el estafador con su declaración amorosa, vehemente, brusca, en rudo contraste con su distinguida corrección de siempre.

Carmelita, la quiero a usted más que a todos los tesoros del mundo. ¡Vámonos juntos a la India!

La americana, reaccionando milagrosamente, se desprendió de los brazos del Príncipe, y profundamente disgustada, le censuró sin rodeos:

—Príncipe Rao, parece que olvidáis que no soy de vuestra raza...

El estafador era hábil. Ponerse violento en aquella ocasión hubiera sido perder para siempre la amistad de Carmelita, cultivando la cual llegaría, tal vez, así lo imaginaba, a recoger el fruto de su constancia.

Carmelita no quiso permanecer un minuto más en el exótico palacio, y al regresar al salón donde se hallaban sus amigos, llamó a Dudley y le suplicó que la acompañase al hotel.

—Vámonos, Dudley... Tengo una jaqueca terrible.

Dudley, presintiendo lo que había ocurrido,

miró al Príncipe, mas éste, inclinándose con mucha reverencia, le desarmó, llenando su espíritu de dudas.

—¿Qué habría ocurrido entre Carmelita y el indio?—se preguntó Dudley ante la amabilidad que no cesaba de predicarles a uno y otro al despedirlos.

Carmelita rehusó subir al automóvil que la aguardaba a la puerta del palacio. Quiso pasear con Dudley bajo la caricia de la luna. Al día siguiente partiría muy lejos... Justo era que prolongase su última entrevista con el caballeresco yanqui.

En su caminar sin rumbo fijo, llegaron los dos jóvenes a orillas del Sena, que dormía en el silencio y la oscuridad.

Detuviéronse. Apoyáronse al borde del camino, y quedaron absortos algunos minutos perdida su vista en las aguas, en las que temblaba la luz de los reverberos de trecho en trecho...

Dudley sentía que su cerebro sucumbía bajo el peso de la calma del solitario lugar. Sus ideas se hundían en las profundidades del desaliento...

Carmelita respetaba su mutismo, y de vez en cuando oíase un suspiro...

Al fin Dudley, estrechando entre las suyas las manos de Carmelita, le dijo:

—Bien sabes que si yo tuviese el dinero sufi-

ciente para proporcionarte el lujo a que toda la vida has estado acostumbrada, no te dejaría regresar a Buenos Aires.

Ella tenía, a juzgar por la rapidez con que le contestó, preparada de antemano la respuesta.

—Pero yo tengo dinero más que suficiente para los dos...

Dudley rechazó la oferta con el gesto.

—No, Carmelita; yo no puedo aceptar eso... ¿No comprendes que no sería decoroso para mí?

—Entonces...

—¿Por qué no esperar? Dentro de algunos meses tendré dinero en abundancia...

—Ya sabes que no puedo demorar mi regreso a Buenos Aires.

—Buscaremos juntos una solución, Carmelita. No es posible que nos separemos, queriéndonos como nos queremos.

—No puede ser, Dudley... no puede ser. Si me marchó, tú tienes la culpa.

—No me digas eso, Carmelita. Hazte cargo de que...

—Yo sólo sé que te quiero, Dudley, y que si tú me quisieras de verdad, no te importaría tu actual situación ni la mía.

—No... no... Ya sé que tú no creerías nunca que me fascinó el brillo de tu oro, pero del mismo modo estoy convencido de que a la vista

de los demás yo no sería más que un aprovechado galanteador.

—Eres orgulloso, Dudley, y sacrificas tu felicidad a tu soberbia.

—No es orgullo, créeme... Es... amor... verdadero amor...

—No te comprendo... y prefiero no hablar más de ello. Mañana me marcharé... Adiós para siempre.

—¿De modo que te casarás... en América?

—Obedeceré a mi padre, que así lo manda.

—Tú no puedes sacrificarlo.

—Tengo el mismo derecho a ello que tú. Estamos en paz.

Dudley, paralizado por la determinación de Carmelita, quedó largo rato solo enfrente del río, y Carmelita desaparecía en las sombras, camino del hotel, resistiéndose a disculpar la actitud de su amado.

A la mañana siguiente, Carmelita se disponía a tomar el tren que había de llevarle a Cherburgo donde embarcaría con rumbo a Buenos Aires. ¡Triste viaje que la conduciría hacia una boda sin amor!

Iba acompañada de una vieja señora de confianza.

El tren estaba a punto de partir y aun permanecían en la sala de espera las dos mujeres.

—Pero, señorita Carmela, ¿no vamos al andén?—preguntábele por tercera vez la dama de compañía.

—Espere... espere... Sí... sí...

—¿A quién hemos de esperar, señorita?

Dudley se abría paso entre la multitud que entraba y salía de la sala de espera.

Carmelita y Dudley acababan de verse.

Carmelita, para que Dudley no sospechase que le había estado esperando, no dudando que iría a despedirla, dijo a su dama de compañía:

—Vamos... Aprisa... El tren no espera...

La vieja señora entró al andén y, creyendo que Carmelita la seguía, subió a un coche de primera clase, acomodándose en uno de los compartimientos.

Carmelita no la pudo seguir. Dudley la cogió por un brazo al fingir ella que iba a marcharse sin detenerse a despedirse de él nuevamente, y le impidió dar un paso más.

—No puedo escucharte, Dudley... El tren está al salir y mi dama de compañía debe estar desesperada encontrándose a faltar. Déjame.

—¡Carmelita, no te marches!

—No puede ser, Dudley... Me voy a Buenos Aires a casarme con don Pablo.

—Yo creí que, esta noche, reflexionando... En

fin, ya que vamos a separarnos para siempre, ¿no quieres darme un beso de despedida?

Tentada estuvo la linda joven de abrazarse a Dudley y besarle mil veces, pero tenía que disimular para no venderse, y repuso abiertamente:

—¡Nunca!

Dudley no se resignó a dejarla partir sin haberla besado, y sin que ella pudiera oponerse, la estrechó contra su pecho con vehemencia y supo de la miel de sus labios, que recibieron de los suyos el primer beso de amor.

Carmelita se turbó, y para ocultar su emoción, pretendió desaparecer hacia el andén; pero no le fué permitido el acceso al mismo... porque el tren para Cherburgo acababa de salir.

La pobre dama de compañía suplicaba que alguien tirase de la campanilla de alarma, para recuperar a Carmelita; mas no hubo nadie que apelase a tan radical medio para detener el tren, en la confianza, que se generalizó, de que Carmelita estaría en otro compartimiento.

Dudley bendería la casualidad, y lleno de alborozo apresó con sus manos los brazos de Carmelita, como para asegurarse que no se le escapaba, y le dijo, decidido a todo en aquel momento que había llegado a comprender lo imposible que le sería la vida sin ella:

—Esto ha sido providencial... ¿Por qué no casarnos en París cuanto antes...?

—¿De veras, Dudley? ¡Ahora sí que creo que me quieres!

Y se casaron a gran velocidad, a fin de evitar que uno u otro se retractase.

Un buen día, encontrándose en amigable plática, en el patio de su finca de América, con su "futuro" yerno don Pablo Mendoza, el señor de Córdoba recibió el siguiente cablegrama enviado desde el vapor "Aquitania":

Ayer contraí matrimonio con Dudley Drake, un muchacho muy simpático. Soy muy feliz. Suplícote mandes cablegrama perdonándome a nombre de Drake 14 Wall Street Nueva York donde voy a instalarme con mi marido. Escribo al pobrecito don Pablo. Carmelita.

La lectura de ese parte tuvo, por todo resultado, la desgracia de caer como una bomba sobre la cabeza del señor de Córdoba, que reñegó, en el paroxismo de su enojo, de Carmelita.

Don Pablo disgustóse íntimamente, como era de suponer, y evitó a su buen amigo de Córdoba el tener que darle una explicación.

Pero el señor de Córdoba, ya que no había

podido mandar en su hija, tuvo el gesto del guerrero vengativo, y mandó llamar a su presencia a su administrador.

—No mande un centavo más de pensión a mi hija ni pague más cuentas suyas... y procure que yo no sepa jamás una palabra de ella.

El administrador, no dando crédito a lo que había estado oyendo, procuró calmar al señor de Córdoba; pero sólo logró que éste le ratificase su orden.



A su llegada a Nueva York, los recién casados alquilaron un piso con cuatro habitaciones.

Al tomar posesión de su rido, dijo Carmelita, palmeando, olvidándose de todo por el amor de su esposo:

—Es como una jaula, pero ¡qué felices vamos a ser los dos en esta casita!

—Sí, mi vida, seremos muy felices, y tú serás la luz que me hará triunfar—respondióle Dudley tomándola en sus brazos con pasión.

Al día siguiente, Dudley hizo su aparición en la oficina de su tío, en Wall Street.

—¡Hola, muchacho! ¡Qué sorpresa!

—Es natural que le sorprenda a usted ver al recién casado dispuesto a trabajar tan pronto.

—Claro que sí...

—Hay una razón poderosa... Estoy a punto de conseguir un contrato de suministro de madera para el Gobierno francés, que me reportará más de un millón de dólares de utilidad. Un amigo

mío, agregado a la Embajada de París, ha querido protegerme.

—Me alegro, y estoy dispuesto a ayudarte, pero ha de ser con la condición de que no has de malgastar ni un centavo.

—Descuide, tío. Yo estoy decidido a llevar a cabo este negocio, aunque tenga que dejar de comer para lograrlo.

—Pues cuando un hombre se propone algo, por poco que la suerte le favorezca...

—Sí... Quiero triunfar.

Dudley se puso a trabajar noche y día, fijo su pensamiento en ofrecer las mayores comodidades a Carmelita, su diosa.

Pero también en el país del dólar, lo mismo que en todas partes, se necesita tiempo y trabajo para ganar una fortuna; y Carmelita, acostumbrada a gastar a manos llenas, comenzaba a darse cuenta del significado que para ella tenía la palabra "economía".

Para colmo de desdicha, la criada negra que habían contratado se despidió de la noche a la mañana so pretexto de ir a servir en una casa que reuniese mejores condiciones, para resistir el verano, que la suya.

La ausencia de la criada obligó a Carmelita a convertirse en tal, y lo que sufría su dignidad lo demostraban de modo alarmante sus nervios.

Dispuesto a aumentar cuanto le fuera posible su ya cuantiosa fortuna, explotando a la sociedad neoyorquina como había explotado a la de París, el falso Príncipe indio alquiló una elegante residencia de verano en Long Island.

Poco después de su instalación allí, el Príncipe recibió en su casa la visita de sus amigos de París, el matrimonio yanqui, Jack y Lucía Hodge.

—¿Qué honor para mí, señores, recibir a ustedes en mi casa, en su propio país?

—Hemos venido para invitarle a comer con nosotros el sábado... Ya sabe que ahora somos vecinos—le dijo Lucía.

—¿Y su amiga Carmelita?... ¿Está invitada también?

—El pobre Dudley trabaja tanto, que a penas le queda tiempo para nada.

—Invítela para el sábado, pero no le diga que yo estoy aquí.

Lucía, no sospechando del falso Príncipe, se avino a complacerle, y telefonó a Carmelita, a la ciudad, desde la casa del indio.

Carmelita estaba en la cocina preparando la cena. En su precipitación en acudir al aparato, dejó el grifo de la cañería de agua de la cocina abierto.

—¿Quién es?... ¡Ah! ¿Tú?—inquirió con asombro.

Instintivamente Carmelita retrocedió con nerviosismo para que su amiga no la "viese" tan desaliñada.

—Sí, soy yo, Carmelita—respondió Lucía—. Era para decirte que quiero que el sábado vengas a mi casa de Long Island con Dudley a pasar unos días con nosotros.

Carmelita titubeaba en contestar de acuerdo con sus deseos, pero dominaron éstos.

—Me gustaría mucho poder ir, y voy a hacer lo posible por convencer a Dudley... ¡Hace un calor tan horrible en la ciudad!—contestó decidida a que la cosa no quedase en proyecto.

El Príncipe agradeció la amabilidad de Lucía, y albrigaba la esperanza de volver a ver a la hermosa Carmelita, de la que, si bien le interesaban sobremodera sus millones, estaba también enamorado.

El hábito, como un vicio cualquiera, no desaparece.

Así, no le bastaron a Carmelita unos meses de estrecheces y economías para cambiar las costumbres de toda su vida. El propósito de aceptar la invitación de su amiga Lucía le hizo olvidarse de que Dudley no podía gastar un centavo por necesitar todo su dinero para llevar adelante su negocio en embriaga.

Visitando los almacenes de modas no se detuvo

demasiado a considerar los precios, y cuando Dudley, de regreso de su trabajo, encontró a Carmelita rodeada de cajas de vestidos, y a una empleada con la factura por cobrar en la mano, no ocultó su enfado.

—Carmelita... ¿Me vas a explicar qué significan esas compras?

—¡Oh! No es nada, Dudley... Poca cosa... Toma...

Le dió la factura.

—Pero, ¿cómo vamos a poder pagar todo esto?—protestó Dudley apenas consultada la nota.

—Todo lo he comprado a precios de ganga.

—¿Y eso qué importa? ¡Es imposible que podamos pagarlo!... Tendrás que devolverlo todo.

La empleada de los almacenes en que fueron adquiridos los géneros que Carmelita estaba repasando cuando Dudley llegó al hogar, volvió a colocar éstos en las cajas, y marchóse discretamente.

Carmelita, afuscada por lo malparado que había quedado su amor propio, estalló en amargo llanto, refugiándose en su cuarto.

Dudley la alcanzó allí, y cariñosamente, doliéndole que ella sufriese por su escasez de dinero, le dijo:

—¿Por qué no tienes paciencia, Carmelita? Dentro de poco podrás comprar cuanto quieras.

Fueron tantos y tan sinceros sus mimos, que Carmelita se dejó dominar paulatinamente.

—Lo he hecho porque Lucía nos ha invitado a pasar unos días a su casa de Long Island, y tengo muchos deseos de ir.

—Todo puede arreglarse... Tienes algún vestido que muchas envidiarían... Puedes ir tú si quieres; yo tengo que quedarme en la ciudad para atender el negocio.

—Entonces... ¿me dejas ir, Dudley?

—¿Por qué he de negarte ese placer, tratándose de una invitación de tu mejor amiga?

—¡Oh, gracias! ¡Qué bueno eres, Dudley! Pero me da mucha pena dejarte aquí solo...

—No te preocupes por mí... Tengo mucho que hacer y estaré ocupado todo el día.

Carmelita sentía verdaderamente partir sin su esposo, pero ante su insistencia de que correspondiese a la amabilidad de Lucía y su promesa de que iría a recogerla cuando se decidiese a regresar, marchóse.

Lucía alegróse de recibir en su casita a Carmelita, y el día fijado por aquélla para obsequiar con una comida al Príncipe, éste y su antigua pretendida se volvieron a ver, alegrándose mucho el de ello y sorprendiéndose otro tanto ella, que estaba lejos de suponer que encontraría allí al

indio que le inspiraba cierta intuitiva desconfianza.

—¿Cómo? ¿Usted aquí?... Yo creí que estaba usted en París...—dijo Carmelita al aristócrata oriental.

El Príncipe le sonrió, y con su exquisita galantería contestóle:

—Sin usted, París no tenía el menor atractivo para mí.

La afabilidad del Príncipe desconcertó a Carmelita. A pesar del desprecio con ofensa que ella le hiciera en París; aquella noche que visitó su casa de los Campos Eliseos con sus amistades, el indio la trataba con la misma delicadeza y admiración de antes. Tal vez comprendía Carmelita que en aquella ocasión obró impulsada por un extraño temor, porque, a decir verdad, el Príncipe no merecía, al desatar su pasión por ella como lo hizo, la dureza con que fué tratado. Si eso no hubiese sucedido entonces y sucediera ahora, Carmelita le diría sencillamente que no podía amarle, que amaba a otro, que, en fin, él no era de su gusto para marido; pero que apreciaría siempre su amistad.

Reconciliada con él, por decirlo así, Carmelita correspondía a la línea del Príncipe con una exclamación de protesta mezclada de sonrisas.

—Le aseguro que deseaba volver a ver a usted—insistió el indio.

—Le agradezco su "ratificación" de simpatía, Príncipe, pero no puedo aceptar que haya usted venido a América sólo por verme... después de casada.

—Su belleza es siempre la misma para mí, Carmelita.

—Mi belleza es de Dudley. A él debo mi alegría, mi felicidad.

—Y mía también lo es. Los ojos no conocen obstáculos.

—Se los va usted a causar, Príncipe.

—Diga usted endulzar, Carmelita.

Ella rióse, y el Príncipe celebraba para sí que el reencuentro con su encantadora amiga fuese tan agradable. Sus ligeras dudas de que Carmelita lo tratase con prevención habían desaparecido.

Después de la comida dada en su honor por los Hodge, el Príncipe invitó a los convidados a ir al Casino, donde no faltaba ninguna distracción.

Una vez allí, propuso animar el tapete verde. La mesa de juego se vió concurridísima.

Carmelita, a indicación del Príncipe, sentóse a su lado y jugó el poco dinero que llevaba encima, en tanto que Dudley, en Nueva York, trabajaba sin descanso.

Poco después de empezado el juego, la ruleta se había mostrado despiadada con Carmelita, que quedó sin un céntimo.



Una vez allí propuso animar el tapete verde.

El Príncipe no vaciló en ofrecerle dinero suyo.

—Tome usted. Siga jugando. Ya me lo devolverá cuando gane.

Carmelita se opuso al principio a aceptar el préstamo del Príncipe, mas éste supo insistir de tan buena manera, que ella no pudo menos de acceder a tomar el dinero.

La suerte la favoreció desde el momento que jugó con dinero del indio, y al finalizar el juego se encontró con que había ganado una suma regular, deducido el préstamo del Príncipe, que se mostraba satisfecho de que las circunstancias le ayudasen a aparecer lo más agradable posible a los ojos de Carmelita, cada día más irresistiblemente hermosa.

A la mañana siguiente, en las lujosas habitaciones de la elegante residencia veraniega de los Hodge, Carmelita respiraba la atmósfera de *comfort* y lujo que le era tan familiar.

Lucia se reunió con ella, para el desayuno, y sintiéndose muy feliz, Carmelita le dijo:

—Después de vivir todos estos meses en aquel pisito de Nueva York, el dinero que gané anoche me parece una fortuna.

—Me alegro de tu buena suerte, Carmelita, ya que con ese dinero, y mientras tu marido no realice sus grandes proyectos, podrás remediar tu situación.

—Naturalmente... Pero no creo poder atreverme a decirle a Dudley que he jugado... y he

ganado. Con lo severo que es, sólo vería la ligereza de jugar y despreciaría las ganancias.

—Puedes emplear parte de esas ganancias en una buena operación. Muy cerca de aquí hay una casita preciosa que está desocupada. ¿Por qué no la alquilas para el verano?

—¡Oh! Con lo que me gustaría quedarme en este sitio ideal durante el verano. Iré a verla.

La casita en cuestión gustó mucho a Carmelita, y procedió en el acto a alquilarla por la temporada de calor.

Después de firmado el contrato de alquiler, regresó a Nueva York, dando una buena sorpresa a Dudley, al que, tras los indispensables mimos de enamorados, puso al corriente de lo que había hecho.

—He encontrado la casa de campo más bonita que has visto en tu vida, a dos pasos de la de Lucía... Y la he alquilado al pensar lo que sufrirías con el calor que hace aquí.

Dudley se apartó de su mujer, censurándole su conducta.

—Lo hice con el mejor fin, Dudley... Por ti... Por mí...

—Pues mira, Carmelita, has hecho una tontería... Tú sabes que no podemos pagar el alquiler de una casa de campo.

Ella había previsto todos los detalles y, sin turbarse, faltó a la verdad.

—Me he olvidado de decirte... Mi padre me ha escrito una carta perdonándome y mandándome un cheque.

Esa noticia exasperó a Dudley, y Carmelita hubo de apelar a toda su ternura para calmarle.

—Ya sabes que no quiero vivir a expensas de tu padre.

—No seas malo, Dudley... Humíllate un poco con tu esposa...

—No puedo... Emplea ese dinero en lo que quieras para ti... Yo no puedo tocar un centavo de él.

—Buena. No quiero verte enojado. Así, mírame. Si me decido a ir a la casa de campo, ¿irás tú todos los sábados?

—No sé... no sé...

—Prométemelo.

—Procuraré ir... si no todos... algún que otro sábado.

—Todos habrán de ser, porque apenas si podré acostumbrarme a no verte más que cada ocho días.

Dudley prometió que haría cuanto pudiese por complacerla, y Carmelita, saltando de gozo, le echó los brazos al cuello, obligándole a reírse.

Pero cuando quedó solo, Dudley entristeció

al pensar que él no podía todavía ofrecer a su mujercita la riqueza y los placeres que la harían verdaderamente dichosa. Le molestaba profundamente el que el señor de Córdoba hubiese escrito a Carmelita mandándole dinero. Hasta entonces, con la creencia de que su suegro se había disgustado por la boda, pues no había contestado al cablegrama que le enviaron comunicándole la noticia, se sentía tranquilo, porque quería a toda costa que el dinero que gastase su mujer fuese ganado por él. ¿Qué sucedería en el hogar modesto si el negocio que él estaba preparando fracasase?

Para vencer su pesimismo, Dudley se encerró en su despacho y trabajó con ahínco.

Carmelita volvió a Long Island y amuebló su casa de campo como si realmente su padre le costeara los gastos, y aprovechó el día de su cumpleaños para ofrecer una fiesta a sus amistades.

Hacia días que no había visto a su marido, y le esperaba ansiosamente.

En tan señalada fecha recibió Carmelita una carta de su América, y retiróse a su gabinete particular para leerla.

—Es la primera carta que recibo de mi padre desde que me casé—dijo a Lucía, separándose de ella.

Encima de la mesa-escritorio había varias facturas por pagar, que sumaban notables cantidades. Seguramente en la carta de su padre habría un cheque del doble de esas sumas. Pero...

Carmelita palideció. El silencio de su padre durante todos aquellos meses era alarmante, pero no había muerto la esperanza de que un día u otro, reconociendo que al fin y al cabo la que

tenía que asegurarse su felicidad era Carmelita, la perdonaría volviendo a ser para ella el mismo de siempre, o sea, algo así como un Banco. Ahora aquella carta tan esperada derrumbaba todas sus ilusiones. No se la mandaba su padre directamente, sino el administrador. Decía lo siguiente:

Buenos Aires, 14 de julio

Señ. D.^a Carmelita de Córdoba de Drake

Nueva York

May señora mía:

Su padre me ordena que devuelva a usted su carta, pues no la considera a usted como hija suya, y por esta razón la ha desheredado a usted.

Es inútil que espere usted ya nada de su padre.

De usted atto. a. s.

Juan Domínguez

Carmelita rompió a llorar desesperadamente. La carta que había mandado a su padre contenía una factura de los últimos vestidos comprados en Nueva York, que ascendía a mil quinientos dólares. Esta suma, añadida a las que figuraban en las facturas esparcidas por la mesa-escritorio, era para ella algo tan alto como la luna. ¿Qué debía

hacer para salir de tan apurada situación? ¿Hablar con Dudley? ¡Oh, no! Esto, si fuera indispensable, lo haría en último lugar, y aun titubearía. Esperaría... Meditaría... Tal vez en el juego...

El Príncipe, invitado también a la fiesta, llegaba en aquel momento, y al ver a Carmelita en su gabinete particular, entró en él para saludarla y decirle cuatro palabras aprovechando la oportunidad de encontrarla sola.

Carmelita se volvió rápidamente y con sus manos ocultó las facturas que había encima de su mesa; pero no lo hizo tan aprisa que el Príncipe no hubiese tenido tiempo de ver que se trataba de deudas...

El Príncipe miró con piedad a Carmelita, lamentándose de su amargo llanto, y ella, para esconder la verdad, recurrió a la mentira.

—¡Oh, perdón!... He perdido tanto dinero en la ruleta estos últimos días...

Levantóse y ofrecióle su mano, agradeciéndole su asistencia a su fiesta.

—Si usted quiere admitir...—dijo el indio haciendo ademán de sacarse la cartera.

Carmelita detuvo con una mano el gesto del Príncipe, y éste, al sentir el contacto de ella, apoderóse de esa mano y la besó con amor.

Carmelita sentóse en un sillón, aparentemente

más tranquila, y el indio inclinóse hacia ella y le mostró una joya magnífica, el mismo *pendentif* que ella viera en el palacio de París, con la marca al dorso de la montura.

—Este *pendentif* es precioso, Príncipe... Ya tuve ocasión de verlo y admirarlo...

—Había pensado que fuese mi regalo de boda... ¿Quiere usted aceptarlo como regalo de cumpleaños?

—No... no... Agradezco a usted su generosidad, pero me es imposible aceptar nada.

—¿Quiere usted ponérselo esta noche?

—No debe usted insistir, Príncipe... No se le ocultará que...

—Esta noche nada más, Carmelita... Que pueda yo besar siempre esta joya pensando en que la acaricié su cuello.

Carmelita pretendía sustraerse a la súplica galante del Príncipe, y éste, sacando partido del momento, le abrochó el *pendentif*.

—Nadie como usted merece llevar esa joya.

—Pero, Príncipe...

Dudley apareció en la casa en aquellos momentos. Al verle, el Príncipe hizo una mueca. También se sorprendió Dudley al encontrar en su casa al indio, su antipático rival.

Carmelita separóse corriendo del Príncipe, y alejóse con su marido hacia las habitaciones altas,

donde le había preparado la ropa para presentarse ante los invitados.



—Esta noche nada más, Carmelita... Que pueda yo besar siempre esta joya...

—¡Maridito mío! Has llegado muy tarde. Me imaginé que pasarías todo el día en mi compañía.

—No pude escaparme antes, Carmelita. ¿No me perdonarás?

—No debiera hacerlo, pero eres tan bueno... Andá, vistete pronto. Todo lo tienes encima de la cama.

—Oye, Carmela... ¿Cómo es que está aquí ese indio? Yo creí que estaba en París...

—Porque hay una razón... ¡Bah! Tonterías de hombres que no saben cómo pasar el tiempo... Está loco perdido por Lucía... No la deja a sol ni a sombra.

—Lucía, a mi juicio, es una mujer muy seria; ¿no?

—Eso no impide que el Príncipe se haya fijado en ella.

—Tienes razón. Si el bueno de Jack se entera...

—Mientras el indio se porte correctamente con Lucía, como hasta el presente, no se le puede censurar nada, Dudley.

—Sí, pero eso es fatal que llegue un día u otro, ¿comprendes?

—Lucía no debe pensar en ello, precisamente porque sabe que su seriedad es su mejor defensa.

La joya del Príncipe brillaba en el pecho de Carmelita. Dudley, deslumbrado por el brillo de las gemas, fijó su atención en su esposa.

—¿Qué es esto? No te lo había visto nunca.

Carmelita se azoró un tanto. ¿Cómo decirle a Dudley que era un obsequio del indio, cuando menos por aquella noche? Prefirió, como otras veces, mentir. Y contestó:

—Es cierto, no te lo he dicho... Es el regalo de cumpleaños que me ha mandado mi padre.

—Es soberbio. Digno de ti. Pero espera a que termine el negocio de la madera... Entonces tendrás diamantes como nueces.

—Yo, con tenerte a ti, tengo bastante, Dudley.



¿Por qué no podía ser él el que hiciera tales regalos a su mujercita?

Se besaron. Carmelita, para que su esposo se vistiese, marchóse, no apartando su vista de él.

hasta desaparecer por completo, y al cerrar la puerta silenciosamente, vió que Dudley estaba preocupado. La mentira no se prestaba a sospechas sino a comentarios propios del hombre que era Dudley. ¿Por qué no podía ser él el que hiciera tales regalos a su mujercita?

En el salón donde estaban reunidos los invitados, el Príncipe era el mimado de las damas. Su riqueza, su popularidad, su tipo majestuoso, imponente, eran otros tantos atractivos.

Tres señoras, organizadoras de kermeses, convinieron en suplicar al Príncipe su colaboración a la que estaban preparando.

—Quisiéramos que nos prestase los hermosos jardines de su finca para celebrar en ellos nuestra próxima fiesta de caridad—le dijeron.

Carmelita parecía unirse a la súplica de aquellas damas, y el indio aceptó de mil amores.

Al cabo de pocos días, con la ayuda entusiasta de Carmelita, los jardines del Príncipe se convirtieron en un bazar indio, y en él se celebró la anunciada fiesta de caridad.

Las damas de la junta se dirigieron a Carmelita, que parecía su hada buena, con esta pregunta:

—¿No se le ocurre a usted algo, señora de Drake?... Nos faltan diez mil dólares para llegar al total de lo que nos hemos propuesto recaudar.

Carmelita, que se sentía, aquella noche, en su ambiente de goce y despreocupación, reflexionó brevemente, y dijo, entusiasmada:

—¡Ya está! ¡Tendremos los diez mil dólares!

—¿Cómo? ¿Qué se le ha ocurrido a usted?

—Ahora lo verán. Vengan al jardín.

Carmelita presentóse en la terraza, en la meseta del primer tramo de la señorial escalinata, y gritó a los invitados, ayudándole el Príncipe a ello:

—Un momento de atención, señores.

Callaron las voces, y Carmelita anunció:

—Nos faltan diez mil dólares para el fondo de caridad, y he prometido recaudarlos. Voy a subastar un beso.

El Príncipe sonreía.

—Mil dólares—ofreció.

—¿No dan más que mil dólares por un beso?

—¡Mil quinientos!—gritó un invitado.

El Príncipe subió hasta cinco mil, y como el invitado, por competencia, llegó hasta seis mil, él ofreció siete.

Dudley, que ignoraba lo que subastaba Carmelita, pues acababa de presentarse en el jardín, siguió atentamente la operación, y oyó decir a unos desconocidos que se hallaban a su lado:

—Su amistad con el Príncipe acabará por ser el

escándalo del día... ¡Qué inocente debe ser su marido!

Crispó las manos.

La oferta para el beso de Carmelita había subido ya hasta nueve mil dólares.

—¿Nadie da más?—preguntó Carmelita.

Como era de suponer, el Príncipe pronunció la última palabra:

—¡Diez mil!

Carmelita cerró la subasta en el acto.

—¡Vendido! ¡Un beso por diez mil dólares!

El Príncipe extendió un cheque.

Los murmuradores que, sin ellos saberlo, se hallaban cerca de Dudley, comentaron la precipitación de Carmela en cerrar la subasta.

—Fíjate que no ha esperado a que hubiese otro que ofreciera más que el Príncipe.

El indio, entregando el cheque a Carmelita, acercaba sus labios a su rostro para besarlo. Pero Carmelita le tendió la mano. Ella no había especificado si el beso lo admitiría en el rostro o en las manos. Tenía derecho a elegir.

Dudley dió un suspiro. Por un momento había temido que Carmelita cometiese una ligereza que habría enribiado su amor, pero se trataba simplemente de una broma... de una burla femenina.

Las señoras celebraban entre sí la ocurrencia de Carmelita, pero el Príncipe, todo a su pasión,

apoderóse de ella y la besó a la fuerza en los labios.

Dudley no pudo presenciar con calma la ofensa, y sin importarle el escándalo, alcanzó al momento al Príncipe, y midiéndole enérgicamente, censuró su conducta, amenazándolo.



—¡Si vuelvo a verle junto a mi mujer le mataré a usted!

—¡Si vuelvo a verle junto a mi mujer le mataré a usted!

El Príncipe era prudente. No quiso dar al

asunto la importancia que le daba Dudley, y limitóse a contestar a éste, muy naturalmente:

—No olvide usted que ha sido ella quien ha vendido el beso.

Dudley y Carmelita regresaron en seguida a su casita, en tanto que el Príncipe, para que pronto se olvidase el incidente, gritaba a los invitados:

—¡Siga la fiesta!



—¿Y tú crees lo que dice la gente?

Dudley y Carmelita, en su hogar, tuvieron una disputa un poco seria.

—¿Cómo has tenido valor para humillarte de esa manera, besándote ese hombre? ¿No sabes lo que dice la gente de tu amistad con el Príncipe?

—¿Y tú crees lo que dice la gente?

Dudley calló.

—¿Lo crees?—insistió Carmelita horrorizada.

—¡No! Si lo creyese os mataría a los dos.

Dudley, dejándose llevar de su indignación, justificada por lo que oyó decir y por el beso que el Príncipe dió a Carmelita, además de por los trapezos que encontraba a cada paso en el negocio en puerta, que hacía demorar la resolución, y probablemente su triunfo; abandonó a su esposa, diciéndole:

—Me voy a la ciudad... Cuando hayas roto con el Príncipe, avísame.

A la mañana siguiente, en la casa de campo de Carmelita, presentóse un acreedor.

—Vengo a cobrar estos pagarés, señora.

—No puedo pagarlos en este momento, pero le prometo pagárselos dentro de unos días.

—No puedo esperar más tiempo. Iré a ver a su marido.

—¡No! Esas son cuentas mías. Mi marido no sabe que he jugado. Deme de tiempo... siquiera hasta mañana.

—Si no es más que hasta mañana...

—Se lo prometo.

—Está bien. Volveré mañana.

En Nueva York, en tanto, Dudley decía a su tío, muy preocupado:

—Tío, mis recursos están terminando... Si no hago pronto el negocio de la madera, estoy perdido.

—No desfallezcas, machacho—le animó el viejo pariente.

La visita del acreedor, dueño del juego en el que ella había perdido tanto, había hecho comprender a Carmelita su angustiosa situación. ¡A



—¿Qué hacer? ¿Qué determinación tomar?

quién dirigirse en petición de un préstamo, si no sabía cuándo podría devolverlo?

¿Qué hacer? ¿Qué determinación tomar?

De súbito recordó que no hacía mucho había

depositado el cheque de diez mil dólares del Príncipe en la caja fuerte, dentro de una cartera. ¿Por qué no emplear ese dinero en ir a probar suerte en el juego, con el acreedor precisamente, a solas?



¿Por qué no emplear ese dinero en ir a probar suerte en el juego...?

Le pareció buena la idea, y confiando en que la suerte la libraría del apurado trance, fué al encuentro de su acreedor... y al poco rato quedaba en manos de él el cheque del indio.

De modo que, al salir de la casa de juego, Carmelita se encontraba abrumada de deudas, por cuanto a las anteriores acababa de añadirse la de diez mil dólares a las damas de la junta de la fiesta de caridad.

Dichas damas no habían olvidado el dinero en cuestión, y precisamente mientras Carmelita regresaba a su casa, preguntaban al criado por ella.

—La señora no tardará en volver... ¿Quieren ustedes esperarla?

—La esperaremos.

Se sentaron. A poco llamó Carmelita a la puerta de su casa.

Las damas no la vieron en el marco de la puerta, ocupadas como estaban en sus pláticas.

Rápidamente, Carmelita borróse de la entrada, y dijo al criado:

—No les diga que he estado aquí... Volveré dentro de un instante.

En un momento había discurrido lo que debía hacer. Se dirigiría al Príncipe, que sabría darle una luz.

—¿Usted, Carmelita? Celebro que no sea usted rencorosa.

—Me veo en un apuro terrible, Príncipe...

—¿Qué le sucede? Hable.

—He perdido su cheque de diez mil dólares en

la ruleta... y no sé qué hacer para que la gente no se entere.

—No se apure por tan poca cosa... Estoy dispuesto a sacarla de ese compromiso en que está metida, si acepta usted una condición que voy a imponerle.

¿.....?

—Esa condición es que venga usted esta noche a cenar conmigo... ¿Acepta?

Resuelta a salvarse, Carmelita aceptó, y así pudo entregar a las damas caritativas los diez mil dólares.

Simultáneamente, Dudley, cual si una mano poderosa hubiese escuchado sus súplicas, recibía, firmado, el contrato para el suministro de madera al Gobierno Francés.

¡Había triunfado! Se abrazó a su tía y al militar francés que había intervenido en el asunto. ¡Ya era rico!

Su único pensamiento era ir a comunicar a Carmelita la gran noticia, y previas algunas operaciones que quiso hacer antes de ir a visitarla, trasladóse a Long Island.

El Príncipe, cerca ya de la hora convenida con Carmelita, dijo a su criado de confianza:

—A las siete y media espero a cenar a un invitado... Que nadie me moleste.

A esa hora, preparada Carmelita para cumplir su promesa, llegó a su casa Dudley.

—¡Hemos triunfado, Carmelita! ¡El negocio está hecho! ¡Somos ricos!—exclamó obligándola a bailar con él.

Carmelita no oía nada. Parecíale que dormía.



—¿Cómo era posible que Dudley estuviese allí, cuando ella debía acudir a la cena con el Príncipe?

y que una pesadilla horrible la torturaba. ¿Cómo podía ser que fuesen ricos, si ella debía diez mil dólares al indio?

Dudley la sentó en la cama y le mostró varios carnets de cuenta corriente en el Banco. Le entregó el que había sacado para ella.

Carmelita abrió el carnet y vió que tenía en el Banco veinticinco mil dólares. No podía dudar más de su riqueza.

De repente rompió a llorar.

—¿Por qué lloras?

—Lloro porque... soy feliz... ¡Muy feliz!

Llamaron al teléfono. Eran las siete y media, y el Príncipe, impaciente, se decidía a preguntar a Carmelita la causa de su retraso.

Dudley iba a ponerse al aparato, impidiéndoselo prestamente Carmelita, temiendo que fuese el indio.

—Estoy esperándola—dijo éste al oír la voz de Carmelita.

Milagrosamente, Carmelita se sobrepuso a su turbación, y dueña de sí misma, dijo al Príncipe, para que deduciese la verdad de la mentira:

—Haga el favor de decir a Lucía que siento mucho que esté enferma, y que voy allá en seguida.

Dudley se opuso a que su esposa le dejase.

—No te vayas ahora, Carmelita.

—He de ir, Dudley... Compréndelo... No tardaré en volver... No cenes hasta que vuelva, y celebraremos los dos juntos nuestra buena suerte.

Dudley se resignó a esperar, y Carmelita, al llegar a la suntuosa finca del Príncipe, dijo a éste, indicándole que debía marcharse en el acto:



Haga el favor de decir a Lucía que siento mucho que esté enferma, y que voy allá en seguida.

—He venido a darle gracias y a devolverle a usted el dinero que me prestó. Tómelo usted.

Le entregó un cheque de 10,000 dólares fir-

mado por ella, sobre su cuenta corriente de veinticinco mil dólares que había ingresado en el Banco el noble Dudley.

El Príncipe había descontado ya su triunfo definitivo sobre Carmelita, y aquella inesperada desviación de su plan le disgustaba profundamente. Meditó breves momentos. Decididamente, no estaba dispuesto a dejar escapar a la linda pretendida.

Devolvióle el cheque.

—No me importa el dinero. Hicimos un trato, y espero que sabrá usted cumplir su palabra.

Carmelita negóse a aceptar su cheque, y como el Príncipe trataba de apoderarse de ella, luchó fieramente con él.

En casa de Carmelita, Dudley recibía, con inmensa sorpresa, la visita de Jack y Lucia Hodge.

—Pero... ¿usted aquí, Lucía? Carmelita me ha dicho que estaba usted enferma... Hace un momento que fué a su casa.

Lucía sospechó algo, y para disimular, dijo, empujando a su marido hacia fuera:

—Debe haber habido alguna equivocación... Vamos en seguida a ver si la alcanzamos.

Dudley también sospechó, más todavía ante la actitud extraña de Lucía, afirmándose su sospecha al encontrar en la caja fuerte de su esposa el

pendentif con la marca del indio al dorso, y dirigióse rápidamente a la mansión del Príncipe.



—No me importa el dinero. Hicimos un trato, y espero que sabrá usted cumplir su palabra.

Carmelita y el indio seguían luchando. A las claras pretensiones del falso noble oriental, respondió ella con firmeza:

—Prefiero morir!

Cegado por la ira, el Príncipe quiso vengarse, y destrozando el vestido de Carmelita por el escote, dejó al desnudo su espalda, y cogiendo la marca de fuego, dijo:

—¡Por lo menos, quedarás marcada para siempre como cualquiera de los objetos de mi propiedad!

Carmelita dió un grito horrible. La marca se introducía en su piel.

—¡Vete a enseñarle esa marca a tu marido!— exclamó el Príncipe una vez cumplida su brutal venganza.

Carmelita, enloquecida por la salvajada, cogió un revólver y lo disparó sobre el estafador, hiriénolo. Recobrándose de su emoción al punto, huyó hacia su casa.

En aquel momento llegaba Dudley al retiro del Príncipe, y venciendo la resistencia de los criados penetró en la habitación donde habían luchado Carmelita y el villano.

Encontró en el suelo el cheque firmado por su esposa, cuya silueta había visto, además, un momento, a través de un cristal *glace*—mientras los criados se oponían a su paso—, forcejeando con el Príncipe.

Carmelita acababa de salir de la habitación cuando él entró en ella.

Los criados le dieron alcance y consiguieron detenerle.

Se avisó a la policía, ante la cual, al presentarse en la casa, Dudley se declaró autor de la herida del Príncipe.

Carmelita visitó a su marido en la cárcel, y llorando con toda su alma al verle preso, dijo con rabia:



Carmelita, enloquecida por la salvajada...

—¡Quise matarle!

—¿Qué hacías tú en su casa?

—Perdi el dinero de la fiesta de caridad... Tuve miedo de decírtelo... y, para que nadie se

enterase, le pedí el dinero al Príncipe... Cuando fui a su casa para devolverle su dinero, no me dejó marchar... Y ahora voy a entregarme a la policía.

—¡Chis! No hagas tal cosa... No digas una palabra a nadie de lo sucedido. Yo puedo salir de este mal paso fácilmente, mientras que tú no podrías soportar el escándalo y la vergüenza de verte ante un tribunal.

—Yo no merezco que tú me quieras tanto, Dudley. Quiero sufrir por mis culpas. No puedo consentir que tú...

—Calla y obedece. Te lo suplico.

Celebróse la vista de la causa.

El Príncipe fué llamado a declarar.

—¿Quién disparó el revólver?

—Dudley Drake. Tuvimos una disputa... Pretendí quitarle el revólver de la mano... y se disparó.

Dudley agradeció íntimamente al Príncipe su mentira, que salvaba a Carmelita, y cuando le tocó a él el turno de declarar, no dijo más que esto:

—Me he confesado ya autor del disparo.

Se reunió el Jurado para deliberar, y el veredicto fué: "Culpable por homicidio frustrado".

El Príncipe se alegraba de la sentencia, pues se le ofrecía el camino libre para la conquista de Carmelita; mas ésta, resuelta a sacrificarlo todo por salvar a su marido, gritó:

—¡No es culpable!

Adelantóse al estrado, y continuó:

—Mi marido es inocente... Quiero que todos oigan la verdad.

Refirió los hechos sin omitir detalle, y terminó así:



Refirió los hechos sin omitir detalle...

—... y entonces disparé contra el Príncipe. Aquí está la prueba de que obré en defensa propia y trastornada por el horrible dolor que aquella salvajada me produjo.

Enérgicamente, Carmelita había mostrado su hombro llagado al tribunal y al público, y un grito de venganza contra el Príncipe salió de todas las gargantas.

Dudley desconocía, como todos, ese detalle, y su estupor no tenía límite.

La Presidencia, recogiendo el sentir general, pronunció, entre aplausos:

—En vista de esta inesperada declaración se acuerda la revisión de la causa.

El fiscal evitó tal cosa.

—Pido que se ponga inmediatamente en libertad al acusado.

El presidente se alegró de ello, y comunicó a Dudley:

—Señor Drake, está usted libre.

Carmelita y Dudley se abrazaron efusivamente. Lloraban los dos.

En tanto, el público, indignado contra el salvaje, pretendía lincharlo, y a duras penas pudieron las fuerzas de seguridad contener el ímpetu de la muchedumbre enfurecida.

Y el Príncipe, por sus muchos merecimientos pasó a ocupar una celda sin tapices orientales...

FIN

COLECCION USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la
mujer. — El prisionero de Zenda. — El
joven Medardus. — Los enemigos de la
mujer. — Una mujer de París. — El Coran-
rio. — Para toda la vida. — Cyrano de
Bergérac. — De mujer a mujer. — La Her-
mana Blanca. — El milagro de los lobos.
¡¡París...!! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles — Maciste, Empe-
rador. — Lirio entre espinas. — El que
recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice
Meredith. — El Fantasma de la Ópera.
El trono vacante. — El Caid. — Madame
Sans-Gêne. — América. — Cuando las
mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más
fuertes que su amor. — Ella... — Dema-
siadas mujeres. — Nobleza baturra. — Ce-
nizas de odio. — El Rajá de Dharmagar.
El difunto Matias Pascal. — La marca de
fuego

Precio: **50 cts.**

Próximo número, la grandiosa novela
EL PESCADOR DE ISLANDIA
por SANDRA MILOWANOFF

¡¡ATENCIÓN!!

¡Un acontecimiento!

**

A petición de numerosos lectores
APARECERÁ MUY EN BREVE
en la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica

una nueva edición del argumento
de la grandiosa película

Los hijos de nadie

(La película que no olvidará usted nunca)

Portada a bicolor

64 páginas

Numerosas fotografías

Precio popular: **50 cénts.**

ÉXITO DESCONTADO

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, IRÚN.

